

DE LA

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

MADRID. — JULIO DE 1905.

Director del BOLETÍN: *D. Enrique Serrano Fatigati*, Presidente de la Sociedad, Pozas, 17.Administradores: *Sres. Hauser y Menet*, Ballesta, 30.

Fototipias.

CUATRO LÁMINAS DESTINADAS A ILUSTRAR LA EXCURSIÓN Á CUENCA Y UCLÉS

Véase el artículo del Sr. D. Juan Allende Salazar.



Excursión á CUENCA y UCLÉS

Anuncióse esta expedición, dada la premura del tiempo, en una circular remitida por el correo interior á todos los que forman parte de la Sociedad Española de Excursiones. Respondiendo á tal llamamiento, deseosos de visitar la ciudad predilecta de Alfonso VIII y la antigua residencia maestral de la Orden de Santiago, en el tren de las 5,30 de la tarde, unos en primera clase aprovechando las ventajas de los *kilométricos*, y otros (cumpliendo el programa al pie de la letra) en segunda, salimos de Madrid el 13 de este mes por la estación del Mediodía, además del director de la excursión Sr. Lampérez, los señores marqués de Figueroa, Bosch (D. Pablo), Quintero, Barandica y el autor de estas líneas.

Llegamos al Real Sitio de Aranjuez con algún retraso; pero como el mixto de Andalucía venía retrasado más de una hora, pudimos, con gran sosiego, llevar nuestros bártulos al tren de Cuenca y saborear la buena cena que en la fonda de la estación nos sirvieron. En cuanto cenamos volvimos al tren, que pronto echó á andar, y no mucho después dejamos atrás Ocaña, cuyo convento de Carmelitas descalzas de San José guarda (si últimamente no las han trasladado) las cenizas del inmortal cantor de *La Araucana*, el guerrero y poeta D. Alonso de Ercilla. Trajo tal hecho á mi memoria recuerdos de mi país, y muy especialmente de Bermeo, donde se alza nuestro antiguo y ber-

mejo solar de Ercilla, villa y torre cantadas (1) por este poeta, de quien con harta razón dijo Vicente Espinel:

«Que en heroico verso fué el primero
Que honró á su patria, y quizá el postrero.»

En Villarrubia se bajaron de nuestro departamento varios vecinos de dicha población, que iban hablando de la luz eléctrica recién instalada en ella, y, más anchos ya, nos tendimos sobre los bancos del coche, y casi en seguida mis compañeros lograron conciliar el sueño, beneficio que á mí no me fué posible alcanzar; después de pasar por Santa Cruz de la Zarza, última estación de la provincia de Toledo, y en vista de que de ningún modo conseguía dormir, me recosté para mirar el territorio que cruzaba el tren... habíamos entrado en tierra de Cuenca y la llanura se extendía sin límite alguno visible, iluminada por una luna casi llena é innumerables estrellas; lo claro de la noche, que hacía recordar las comparaciones de Zorrilla entre la noche obscura y la serena; la calma y grandiosas proporciones del paisaje que la vista abarcaba; la soledad, acaso también la canturía de la locomotora y ese estado peculiar del alma en esas horas en que se fluctúa entre el sueño y la vigilia, producían en el ánimo una impresión muy profunda, más bien mística que melancólica; é incapaz yo de expresar lo que entonces sentía, venían á mis labios los muy adecuados al caso é insuperables versos de un escritor, nacido por cierto, según la mayoría de sus biógrafos, en la provincia de Cuenca, del maestro Fr. Luis de León, y á no ser por el temor de despertar á mis compañeros, de buena gana hubiera recitado las estrofas (tan bellas, que pena me da no copiarlas casi todas) de la oda *Noche serena*, exclamando con el gran lírico español:

«Quando contemplo el cielo,
De innumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado.
.....
..... digo al fin con voz doliente.
Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baxa, oscura?
.....
¿Quién es el que esto mira,
Y precia la baxeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y destos bienes la destierra?» (2)

(1) *Araucana*, canto XXVII.

(2) Se ha conservado la ortografía de la edición de las obras de Fr. Luis de León, impresa en Valencia en 1785, que es la que tenemos á la vista.

I

Llegó nuestro tren á Cuenca á la una de la madrugada (cuarenta minutos después de la hora reglamentaria) y entramos inmediatamente en el coche de la *fonda de la Iberia*, en la que nos tenían preparado alojamiento. Mientras íbamos al *hotel* (que no está lejos de la estación), y ya antes en el tren, recordábamos que Cuenca, probablemente fundada, ó al menos engrandecida por los musulmanes, pues no hay memoria cierta de ella en las épocas romana y visigoda, fué, á causa de su en aquellos tiempos casi inexpugnable posición, muy codiciada por los cristianos, quienes varias veces la ganaron y otras tantas la perdieron, hasta que en 1777 Alfonso VIII de Castilla, ayudado por Alfonso II de Aragón, tras nueve meses de asedio logró arrebatarla definitivamente á los infieles y la otorgó uno de los más célebres fueros municipales (1), acaso el más notable de todos, é interesantísimo para el conocimiento de la historia del Derecho español en la Edad Media. Pensábamos asimismo en que Cuenca figura en dicha Edad y la moderna en casi todas nuestras luchas intestinas, habiendo sufrido bastante en la guerra de la Independencia, y más aún en la última civil, durante la cual los carlistas cometieron en dicha ciudad las grandes tropelias de todos conocidas; y tampoco faltó entre los excursionistas quien habló de los varones insignes nacidos en Cuenca, de algunos de los cuales se ocupó otro eminente hijo de aquella tierra, D. Fermín Caballero, en su conocida obra titulada *Conquenses ilustres*.

Acomodados ya en las habitaciones de la fonda, antes de acostarse, algunos de los expedicionarios se asomaron al balcón de su cuarto para ver la ciudad, en las estribaciones de un cerro escalonada, bajo el reloj de Manglana, cuya esfera, á la sazón iluminada, se destacaba claramente. Veíanse á los lados de aquel en que está asentada Cuenca, otros dos montes, uno más claro, más sombrío el otro, que, con el estrellado cielo, formaban digno marco al soberbio panorama que ofrecía la tranquila ciudad.

A la mañana siguiente, una vez aviados, nos dirigimos á la Catedral, monumento el más notable y acaso el único importante de Cuenca. Desde la fonda, que está en la Carretería ó parte baja, y relativamente llana, de la población, hasta la mencionada iglesia, situada en el corazón de la ciudad antigua, hay que subir un buen trecho; pero las amenas conversaciones de los compañeros y la frescura del día, hicieron muy agradable el trayecto. Al entrar en la Catedral estaban celebrando la Misa mayor (era domingo), y para no turbar el culto nos retiramos á la capilla de Santiago, y en ella oímos una Misa rezada; son dignos de mención en dicha capilla dos sepulcros de estilo ojival, con estatuas de mármol, que Madoz (2) afirma ser: «una de D. Alvaro Martínez, Obispo de esta diócesis, y la otra de un caballero de Santiago con hábito capitular». Cumplido el primero de los preceptos de la Iglesia, pasamos al Palacio episcopal, donde nos recibió con suma amabilidad el Obispo, Ilmo. Sr. Sangüesa, persona sobremanera simpática, muy amante de las artes, inteligente también en fotografía y celosísima del es-

(1) Ha sido detenidamente estudiado por el archivero-bibliotecario D. Rogelio Sanchiz Catalán (que tan deferente se mostró con nosotros), en un bien escrito folleto titulado: *Apuntes sobre el Fuero municipal de Cuenca y sus reformas*. Cuenca, 1897.

(2) *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*, artículo Cuenca.

plendor de la Catedral, de cuyas obras de restauración cuida con interés extraordinario. Terminada esta grata visita, volvimos á la iglesia mayor y empezamos á recorrerla, hallando tantas cosas merecedoras de admiración, que allí estuvimos el resto de la mañana, volviendo, apenas reposada la comida, á continuar, embelesados, el estudio del por tantos conceptos notabilísimo edificio.

Y, no obstante, ¡parece mentira cuán poco aprecio venían haciendo, todos los que del arte se ocupaban, de la Catedral conquense! Ponz, deteniéndose en los detalles (particularmente en las pinturas), sólo supo decir de la fábrica: «*Tiene magnificencia*, y mucha más sería (y esto es verdad) si la nave del medio no estuviese atajada con el pantallón del trascoro, con el cual se tropieza á pocos pasos de la puerta principal» (1). Y después de Ponz, tanto Caveda (2), quien casi no hace mención especial de ella, como Cuadrado (3), el cual la estudió superficialmente, y lo que es aún peor, «con error apreció muchas de sus partes», y de igual modo que éstos, el insigne Justi, elogiaron algunas cosas, en cierta manera accesorias, de la Catedral de Cuenca, pero no supieron comprender la capital importancia de la estructura del edificio mismo, estando reservada á nuestro ilustre y querido consocio Sr. Lampérez la gloria de descubrir lo que diferencia esta iglesia de todas las de España, peculiaridades que expuso magistralmente en un artículo publicado en *La Ilustración Española y Americana* (4) y en varias Memorias de carácter más técnico.

Carece, efectivamente, en conjunto la Catedral de Cuenca de la grandiosidad de la de Sevilla y de la hermosura de la de Burgos; no es tan elegante como la leonesa, ni tan rico museo del arte español cual la incomparable primada toledana, pero no cede á las más famosas Catedrales españolas en importancia arqueológica y es interesantísima para el conocimiento de la Historia del arte de construir, pues (como nos decía con entusiasmo el señor Lampérez), no es *un ejemplar más* dentro del estilo ojival, sino un tipo especialísimo de él, y para demostrar tal aserto, trazando á la vez rápidamente dibujos ilustrativos de lo que iba explicando, nos refería con gran precisión el docto catedrático las vicisitudes de la edificación del templo, cuya primitiva cabecera debió constar de cinco capillas absidales (forma tan usada en el período ojival por los constructores españoles), y según costumbre de la época, se comenzaría, algo después de la conquista de la ciudad, por la capilla mayor y las inmediatas, ya mencionadas, «hasta las naves del crucero inclusive, partes que se consideraban indispensables para celebrar el culto» (5); consagradas éstas reinando aún Alfonso VIII, se continuó el edificio por su brazo mayor, quedando al acabar éste (que consta de una nave alta y dos bajas) completa la iglesia mayor tal cual la idearon los ignorados Arquitectos del siglo XIII, mostrando claramente (indicaba el Sr. Lampérez) los elementos constructivos del brazo mayor, que se terminaron antes de mediar el

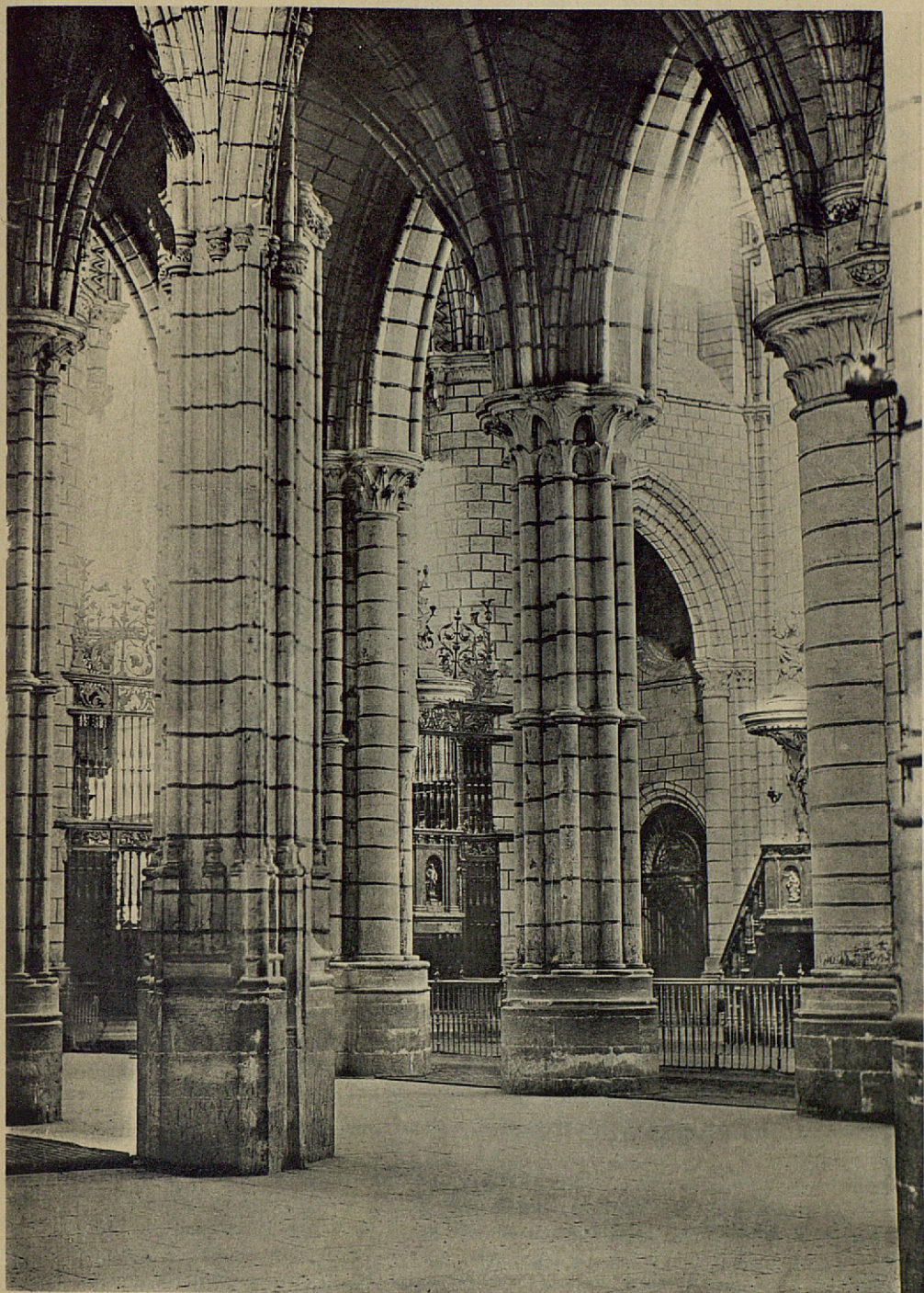
(1) *Viaje de España*, por D. Antonio Ponz, tomo III.

(2) *Ensayo histórico sobre los diversos géneros de arquitectura empleados en España*, Madrid, 1848.

(3) *España, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia. Castilla la Nueva*, tomo II.

(4) Tomo segundo de 1900, páginas 207 y 208.

(5) Palabras del Sr. Lampérez en el artículo de *La Ilustración*, antes citado.

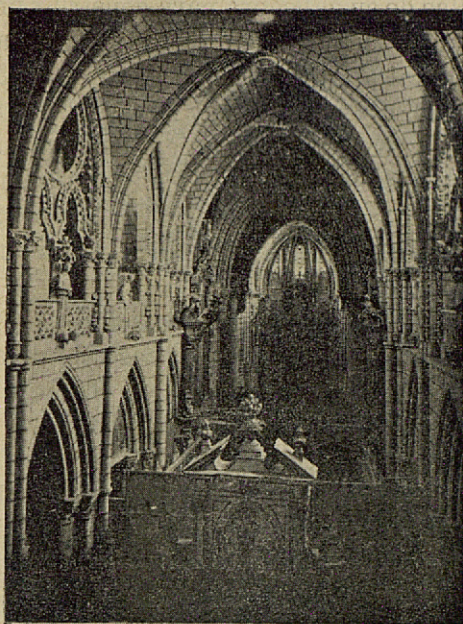


Fototipia de Hauser y Menet.-Madrid

CATEDRAL DE CUENCA

VISTA INTERIOR

siglo de las Partidas; pertenecen la mayoría de las bóvedas de esta primera construcción al arcaico tipo de las llamadas *expartitas*, tan raras en España; pero lo que hace única esta iglesia entre todas las de nuestra patria, es su elegante y curiosa linterna (1), cuadrada en la base, octógona en la parte superior, y aún más su lindísimo *triforium* (2), que se apartan completamente del estilo gótico francés y se asemejan de modo notabilísimo (caso sin igual en la Historia del arte medioeval español) á los de las Catedrales inglesas, teniendo (según el Sr. Lampérez) un carácter anglo-normando tan marcado, que nos mueve á sospechar si los desconocidos artífices de la parte más antigua del



Parte alta de la nave de la Catedral de Cuenca.

templo conquense, vendrían en el séquito de algunos de los «muchos Señores Ingleses, y de Gascuña, Bretaña y Normandía», que afirma el P. Flórez (3)

(1) A ella subimos, entablándose una curiosa discusión, pues á varios de los excursionistas parecía indudable que tan bello cimborrio, mucho más adornado por dentro que por fuera, no debió estar primitivamente oculto por la bóveda de *ojo* que actualmente cubre el tramo central del crucero, y sosteniendo en cambio el Sr. Lampérez con buenas razones técnicas (ausencia de ranuras para los cristales, casos parecidos en la arquitectura anglo-normanda, etc.), que la linterna, desde el principio, estuvo: «destinada á alojar las campanas, pero nunca á servir de cubierta visible al interior de esta parte de la Catedral, como creyó Quadrado y dibujó Parcerisa».

(2) He aquí las palabras con que el Sr. Lampérez lo describe en el artículo ya citado: «No es (el *triforium* de la Catedral de Cuenca), según el tipo general, un ándito cubierto bajo los ventanales superiores, sino que, formando cuerpo con éstos, ocupa todo el espacio entre las naves bajas y los arcos formeros de las altas, dando á éstos un carácter y una fisonomía especialísimas. Sirve de aéreo cerramiento á la galería de paso, por la parte interior, una ligera tracería, compuesta de un gran anillo apeado por dos arquillos lobulados, que se apoyan en dos columnas laterales y otra central. Y delante de éstas destacanse preciosas estatuas de ángeles, con las cabezas protegidas por sendos doseletes, y cuyos pies huellan espantables figuras. Toda la tracería está cuajada de elegantísimos *crochets*, que forman una decoración del más bello efecto.»

(3) *Memorias de las Reynas Catholicas*, tomo I, pág. 399.

acompañaron á D.^a Leonor, hija de Enrique II Plantagenet de Inglaterra y esposa de Alfonso VIII de Castilla, reina cuya virtud, hermosura y amor á su esposo tanto loan las historias, y que mereció ser madre de reinas cual doña Blanca y D.^a Berenguela, y abuela de reyes como San Luis y San Fernando. Y no sé por qué, al recordar esto, viene á mi memoria que Isabel la Católica fué también nieta de otra princesa inglesa, de la mujer de Enrique *el Doliente*, Catalina de Lancaster.

Mas llegó el siglo XV y, acrecentada la devoción y riqueza en España, pareció acaso algo mezquina la iglesia acabada en el siglo XIII y, con el fin de alargarla, destruyendo la unidad de traza de la Catedral primitiva, se derribaron las capillas de su cabecera para construir un amplísimo y doble deambulatorio (1) de dimensiones algo excesivas, dadas las del resto del templo; pero, á pesar de tal desproporción, justo es confesar que tiene esta girola bastante grandiosidad y resulta muy agradable su aspecto. Al hacerla, nos decía el director de la excursión (á quien con suma atención seguíamos escuchando), su autor se inspiró en la de Toledo, en la cual *Petrus Petri*, alternando las «bóvedas de planta cuadrada y triangular», venció, mejor que nadie en toda Europa, las dificultades y problemas que entraña la construcción de una girola.

Años después, en los días gloriosos del Renacimiento, se forja por el herrero Arenas la reja de la capilla mayor, menos complicada que las de otras Catedrales españolas, superior quizá á todas en esbeltez y ligereza, y en el fondo del brazo izquierdo del crucero, ocupando todo el muro hasta lo alto de la nave, se levanta en 1546, según el tarjetón central, aquella soberbia obra que, al divisarla, deja suspenso el ánimo y extasiada la vista, no pareciendo entonces desmedidas las alabanzas del historiador de Cuenca, Juan Mártir Rizo, al decir: «A la entrada de la claustra hay un pórtico, obra de Jamete, famoso artífice, con figuras y relieves de tanta perfección, que es de los más insignes de España. Las fábricas antiguas de aquellos famosos romanos, pudieron, con razón, tomar los modelos de esta máquina.» Y es que la portada que, «á manera de arco triunfal», como Ponz (2) la llama, da paso al claustro, supera acaso por su grandiosa concepción, soberanas proporciones y elegancia en los pormenores á las demás obras similares del estilo plateresco. Jamete, según Cuadrado (3), había trabajado en Toledo á las órdenes de Covarrubias, antes de venir á Cuenca; pero sus trabajos en esta ciudad me recordaron inmediatamente, y así lo manifesté al verlos, á los que de Diego de Siloe acababa de admirar en Granada; ahora leo con gran placer en el artículo ya citado de *La Ilustración*, que la propia opinión tiene persona tan competente cual el Sr. Lampérez.

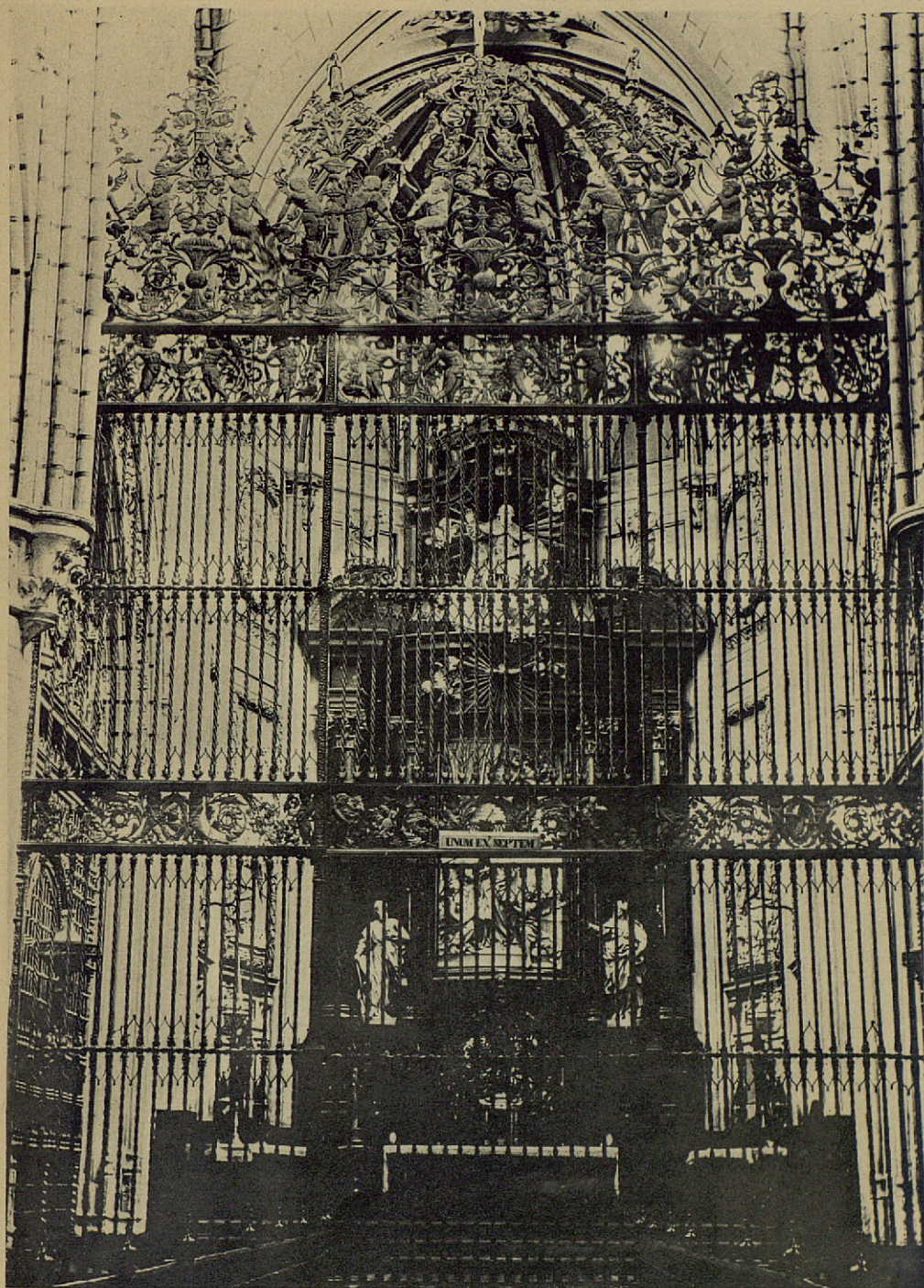
Para substituir al antiguo y gótico retablo mayor (4), Ventura Rodríguez dibujó el de mármol que hoy existe, ejecutado en el pseudo-clásico estilo pe-

(1) El examen de las ventanas y restos de contrafuertes de la capilla mayor demuestra que antes de construirse la girola daban al exterior del templo, y que, por tanto, el deambulatorio no formó parte de la traza primitiva.

(2) *Viaje de España*, tomo III.

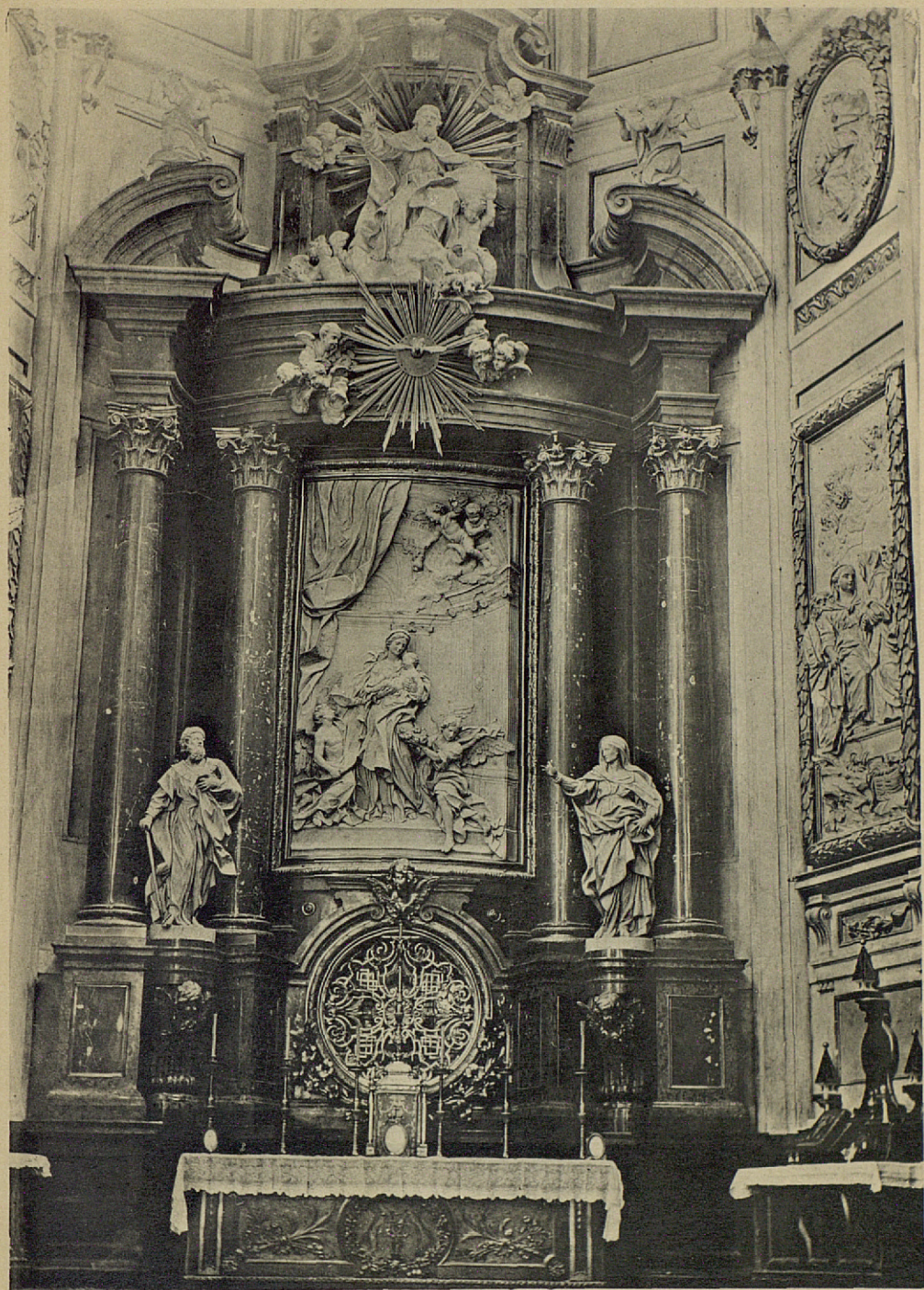
(3) *España: sus monumentos y artes, su naturaleza é historia. Castilla la Nueva*, tomo II.

(4) No hablamos nada del coro de la Catedral de Cuenca, porque en breve se ocupará de él nuestro erudito consocio D. Pelayo Quintero, que tan hermosos estudios viene publicando sobre las sillerías de coro españolas.



Fototipia de Hauser y Menet.-Madrid

CATEDRAL DE CUENCA
REJA DE LA CAPILLA MAYOR



Fototipia de Hauser y Menet.-Madrid

CATEDRAL DE CUENCA

RETABLO MAYOR



Fototipia de Hauser y Menet.-Madrid

CATEDRAL DE CUENCA
PUERTA DE LA SALA CAPITULAR

culiar del Arquitecto de Carlos III. Al mismo artista se debe la traza del *transparente* ó altar de San Julián, de mejor gusto que el célebre de Toledo y hecho también de ricos materiales (hermosos jaspes verdes de la Sierra Elvira y otros de la de Cuenca, etc.), y notable, igualmente, en la parte escultórica, obra del valenciano Francisco Vergara, quien (según Ponz, amigo suyo) la hizo en Roma por los años 1758 y 59.

Después de tantas modificaciones quedó la Catedral conquense tal como ha llegado á nuestros días; pero hace pocos años se hundió su torre (que parece no era de gran valor artístico), causando varias desgracias personales, y destrozando, al desplomarse, una preciosa capillita plateresca: declarado este templo monumento nacional, y comenzadas las obras de restauración, el nombre del Arquitecto director de ellas, D. Vicente Lampérez (quien lleva ya muy adelantado un imponente andamio, y se dispone á derribar la ruinoso fachada) (1), es la mejor garantía del acierto con que tales trabajos han de llevarse á cabo.

Merecen también detenido estudio las capillas y dependencias de la iglesia mayor de Cuenca. De aquellas, después de la ya mencionada de Santiago, vimos primeramente la de los Albornoces ó de los Caballeros, que tiene ricas verjas y una portada esmeradamente cincelada por Antonio Flórez, en la que: «se enlazan de un modo extraño imágenes de la Muerte, con símbolos de combate y de la vida» (2), coronando este complicado conjunto un famoso esqueleto tallado en piedra. En el interior de ella son muy dignos de estudio varios sepulcros de algunos miembros de la ilustre familia de Albornoz, y los retablos de la *Epifanía* y de la *Piedad*, cuyos hermosos cuadros, de marcado carácter italiano, son obra de Fernando Yáñez de la Almedina, uno de los que pintaron de modo tan notable las puertas del retablo de la Catedral de Valencia; Justi (3) (aunque advirtiendo no la pudo ver bien por lo ennegrecida que se halla) cree del mismo pintor la tabla del *Calvario*, existente en otro altar de esta capilla, y que á nosotros nos pareció de distinta mano. Admiramos la reja de la capilla de los Apóstoles, y visitamos, entre otras, la que guarda las pinturas del conquense Cristóbal García Salmerón, bastante decorativas, pero nada más que regularmente ejecutadas, y la que encierra dos estatuas de la Fe y el Tiempo (obras de M. Benlliure) y un antiguo retablo con interesantes pinturas, y luego salimos al claustro, y de allí pasamos á la capilla, panteón de los marqueses de Cañete, donde, si no ando trascordado, hay varias banderas colgadas en el lado del Evangelio; ¿será alguna de ellas la ganada al Drake, de que hablan Rizo y Ponz?

Admiramos también las talladas puertas de nogal de la sala capitular de verano, muy dignas de Berruguete, á quien (quizá erróneamente) las atribuye la tradición; en dicha estancia hay también un tapiz del siglo XV, y una hermosa serie de otros de Bruselas (siglo XVI), firmados por J. V. Brughen, algunos de los cuales, colgados de las paredes, tapan un muy mediano apostolado de Andrés de Vargas, y en la sala capitular de invierno vimos dos ta-

(1) Esta desdichadísima fachada, dice Ponz (obra citada), que: «se hizo desde el año 1664 hasta el de 1669».

(2) Las palabras entre comillas son del artículo titulado *El misterio del retablo leonardesco de Valencia*, por el Dr. Carlos Justi, trabajo que, traducido al castellano por el Sr. F. S. B., se publicó en este BOLETÍN. (Año X, páginas 203 y siguientes.)

(3) Artículo mencionado.

blas de dimensiones semejantes á las de Yáñez, de la capilla de Alborno, y, en opinión de persona tan inteligente como el Sr. Bosch, acaso de la misma mano; pero debe advertirse que aquellos retablos (quizá por lo ahumados) parecen obra de una paleta más fatigada que la de las tablas mencionadas.

Merced á la nunca bastante ponderada amabilidad de su ilustrísima el señor Obispo y del Chantre D. Manuel Pardo, pudimos ver, con todo género de facilidades, las alhajas de la Catedral conquense, la cual, á pesar de haber perdido muchas de ellas, algunas tan importantes como la célebre custodia de Becerril (1), conserva todavía (además de un buen número que apenas tienen más valor que el de los materiales) unas cuantas de tal importancia, que hacen sea su tesoro uno de los más interesantes de nuestra patria, debiendo mencionarse muy preferentemente un díptico relicario, de un carácter notoriamente oriental, de cobre finamente repujado, estando pintados sobre dicho metal algunos santos, y debajo de la figura de cada uno de éstos se veneran reliquias del mismo; la pintura central de una hoja representa la *Virgen y el Niño*, y la de la otra *Nuestro Señor Jesucristo*; toda la obra está esmeradamente hecha y sus colores muy bien combinados, cubriendo tan discutidísima joya unas tapas de terciopelo rojo adornado con bordados en oro, hechos, al parecer, en el siglo XVI (2). Son, asimismo, interesantísimos dos báculos (que dicen pertenecieron á los dos primeros Obispos de Cuenca), con bellos esmaltes sobre cobre: parecen obra de Limoges, de fines del siglo XII ó principios del XIII; un cáliz con esmaltes translúcidos del siglo XV, convertido en viril (3), y tres portapaces platerescos, acaso trabajados por aquellos famosos plateros conquenses del siglo XVI, quién sabe si por los mismos Becerriles (4). No es rica esta iglesia en antiguos ornamentos, pero deben mentarse, sin embargo, un terno negro y otro morado.

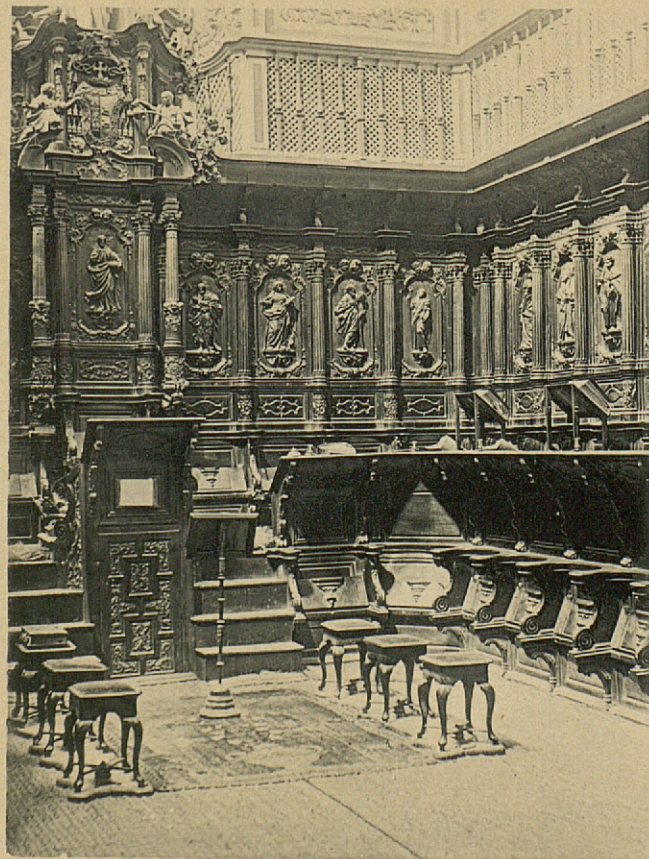
Después de visitar detenidamente la Catedral, subimos, en compañía del Arquitecto provincial, D. Luis López de Arce (á cuyas bondades tan agradecidos quedamos), hasta las ruinas del castillo, situado, como es de suponer, en lo más alto de la población, punto en el que es tan angosto el cerro en que ésta se asienta, y separa la cuenca del Huécar de la del Júcar, que casi simultáneamente se pueden contemplar ambos ríos, que van á juntarse al pie de la ciudad, discurriendo por imponentes, sinuosas y hondísimas *hoces* ó gargantas de laderas casi verticales, y de tal manera desnudas de tierra, que por todas partes asoman, caprichosamente suspendidas, peñas de tan fantásticas formas, que allí se comprenden las leyendas de Hércules y se concibe que, ignorantes los antiguos de las leyes naturales, creyeran en dioses ó héroes que, al comunicar ríos y mares desgarrando con el esfuerzo de su brazo las entrañas de fortísimas montañas, modelaban con sus gigantescas manos peñascos tan majestuosos como los que se levantan en lo alto de las dichas *hoces*, cuya vista nos parece una de las más hermosas de España. Admirado ya tal panorama, bajamos por resbaladiza cuesta á las orillas del Júcar, á la sazón casi cu-

(1) Ponz la vió y la describió. (*Viaje de España*, tomo III.)

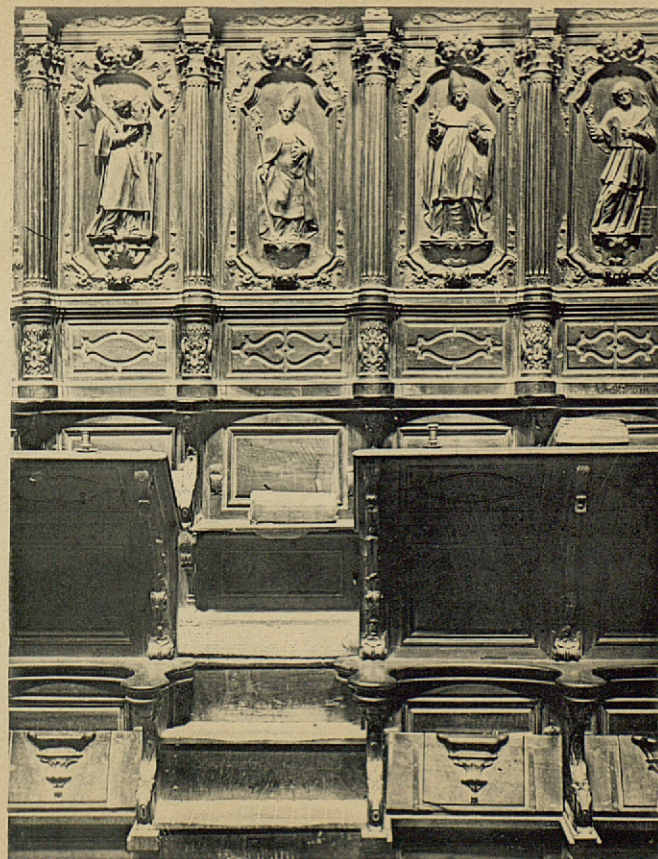
(2) No nos ocupamos con más extensión de tan interesante obra, porque ha de ser estudiada por uno de nuestros consocios.

(3) ¿Será éste el viril regalado por el Obispo D. Diego Ramírez de Haro, de que habla Ponz?

(4) El estudio de sus *punzones*, que fueron copiados por D. Pelayo Quintero, pondrá quizá en claro los nombres de los autores de tan interesantes ejemplares de la orfebrería española.



Clichés de P. Quintero



Fototipia de Hauser de Menet.—Madrid

CATEDRAL DE CUENCA
FRENTE Y COSTADO IZQUIERDO DE LA SILLERÍA DEL CORO

bierto por gran número de troncos de árboles que, valiéndose de largas varas que al final tienen un hierro puntiagudo por un lado y ganchoso por otro, hacían deslizarse río abajo los ágiles y esbeltísimos *gancheros* encargados de conducir aquella *maderada*; sentados junto al río estuvimos largo rato y luego, visitando al paso la iglesia de San Antón, regresamos á la fonda, quedándonos todavía humor á varios de los excursionistas para ir, después de cenar, al *Teatro de la Paz* (que así se llama el de Cuenca), donde por dos pesetas vimos un drama y una comedia, *La Pasionaria* y *El octavo no mentir*; estas dos obras tienen tres actos cada una, pero los cómicos que allí las representaban, despacharon ambas en unas tres horas.

Al otro día (15 de Mayo) nos entretuvimos en comprar cacharros de los que se hacen en Cuenca, hermosos ejemplares, y en contemplar los típicos trajes de los campesinos, algunos de los cuales llevan mantas con curiosos bordados, y los de las vendedoras de leña, cuyas faldas cortas y aspecto general recuerdan aquellas leñadoras del Moncayo, tan admirablemente pintadas por Becquer en una de sus mejores *Cartas literarias*; vimos algunos de los expedicionarios la iglesia del convento de San Lorenzo Justiniano: son buenas las proporciones de este templo; tiene esculturas imitando el mármol, que dicen fueron trabajadas en Zaragoza por D. José Ramírez, y el fresco del medio de la bóveda, obra, según Ponz (1), de Luis Velázquez, es de buen efecto. Volvimos á la Catedral á *repasar* lo que el día anterior habíamos visto, reparando en nuevas cosas dignas de admiración, como, por ejemplo, un cuadro del trascoro (lado del Evangelio): representa á San Lorenzo, y otro santo cuyo nombre no recordamos bien (¿San Mateo?), y es acaso la pintura más notable de esta iglesia, y después pasamos á la vieja parroquia de San Miguel, en la que son notables las bonitas tablas de dos altares, particularmente las de uno que, según personas conocedoras de la historia de la primitiva pintura española, pertenecen á la escuela de Juan de Borgoña (2), siendo también muy digno de verse el hermoso techo mudéjar de una de sus capillas, el cual es de los llamados de lazo, tan comunes en las iglesias andaluzas.

Se acercaba la hora de marchar de Cuenca, y al volver á la fonda á prepararnos para el viaje, mirábamos, una vez más, las casas de la ciudad alta, en roca viva cimentadas, alzándose pintorescamente sobre las peñas, muchas de ellas en caprichoso y no muy estable equilibrio, y aunque desde el interior de la población no parecen generalmente muy altas, á causa de los desniveles del terreno, vistas desde las barrancas pueden competir en el número de pisos (once contamos en algunas de ellas) con bastantes de los más elevados edificios de los Estados Unidos. Al verlas de lejos se lamenta que sus colores no se destaquen más, pues si estuvieran, v. gr., tan enjalbegadas cual las de otras regiones españolas, sería verdaderamente soberbia la vista de la enriscada, antigua, noble y olvidada población castellana.

(1) *Viaje de España*, tomo III, pág. 117.

(2) Lástima da que tan lindo retablo, por lo húmedo del sitio en que se halla (una capilla á los pies de la iglesia), esté deteriorándose de día en día. Muy de desear sería que el ilustrísimo señor Obispo, que con tanto celo dirige la diócesis, lo trasladase á lugar más seco, verbigracia, á su palacio, pudiendo ser tales cuadros la base de un museito episcopal como los que se van formando en varias diócesis.

II

A las dos de la tarde salimos de Cuenca, llegando á las cuatro y veinte á la estación de Paredes, donde nos aguardaban el Sr. D. Agustín Quintero, padre de nuestro compañero de excursión D. Pelayo, un joven pariente suyo y el doctor en Medicina D. Alvaro Yastrzembiec de Yendrzyowski (hijo de un noble polaco que, comprometido en el alzamiento de 1830 contra Rusia, se refugió en España). En varias tartanas que tenían prevenidas dichos señores, siguiendo un camino vecinal, pasamos por el lugar de Paredes, y dando los carruajes gran número de botes á causa de las muchas piedras, subimos por la verdegueante cañada de Albailén; al llegar á lo alto de la cuesta divisamos la majestuosa mole del monasterio y fortaleza de Uclés, y empezamos á bajar al vallecito del Bedija, río que fertiliza la vega de Uclés. El origen de este pueblo se remonta á los tiempos prehistóricos, de los que se han hallado numerosos restos en una cueva de su comarca; era importante ya antes de la conquista de la Península por Roma, como atestigua, á más del cementerio ibérico descubierto en su término, el hecho de encontrarse allí mezcladas las antigüedades ibéricas con otras fenicias y griegas, lo cual prueba el activo comercio sostenido por sus pobladores con las colonias extranjeras, y los romanos (que según parece lo llamaban *Ocilis*) aprovecharon su estratégica situación cercándole de fuertes murallas, de las que aún se conserva algún trozo. Mencionan repetidamente el nombre de esta población las crónicas árabes, y apenas definitivamente reconquistada, fué cedida (1174) por Alfonso VIII á la Orden de Santiago, yendo desde tal fecha unida su historia á la de dicha Orden; pero de sus numerosas vicisitudes, tanto bajo la dominación árabe como en días posteriores, nada diremos, pues consignadas están todas en una eruditísima y muy bien editada monografía (1) de nuestro querido consocio D. Pelayo Quintero, quien con tanta constancia como fortuna ha escudriñado las antigüedades é historia de su tierra natal, la antigua cabeza de la Orden de Santiago, la antes poblada y guerrera, hoy decaída y agrícola, pero siempre noble y hospitalaria villa de Uclés.

Cerca de las orillas del mencionado río, junto á los *Agujeros de la Mora encantada*, cuevas de que se refieren varias consejas, nos esperaban el alcalde D. Doroteo de Torres y todos los concejales del Ayuntamiento de Uclés, que amablemente habían salido á nuestro encuentro; nos apeamos para saludar á dichos señores, y en tan grata compañía atravesamos el pueblo, extendido en la ladera oriental del cerro, en cuya cima se alzan el monasterio y ruinas del castillo, y por empinadas calles subimos á la antigua residencia prioral de Santiago, donde nos recibieron los sabios frailes agustinos, quienes hace pocos años han establecido en ella un colegio de primera y segunda enseñanza, habiendo nosotros oído ponderar antes de ir á Uclés, los

(1) Titúlase *Uclés*, antigua residencia de la Orden de Santiago, por Pelayo Quintero Atauri, primera parte. Madrid, imprenta de Fortanet, 1904.—Esta primera parte comprende la historia político-militar de la villa, la descripción del monasterio y una copia del Fuero de Uclés.

La segunda (aún no publicada) describirá «todos aquellos restos de antiguas civilizaciones que han aparecido en el territorio de Uclés en distintas épocas».

«Y la tercera y última servirá para reproducir los documentos de más utilidad que, relacionados con la villa, se guardan en los archivos.»

CASA MAESTRAL DE SANTIAGO, EN UCLÈS



FACHADA ORIENTAL Y ABSIDE DE LA IGLESIA



Clichés de V. Lampérez

Fototipia de Hauser de Menet.—Madrid

RUINAS DE SEGÓBRIGA

COLUMNARIO ROMANO

brillantes resultados del método de instruir allí seguido por los hijos del Obispo de Hipona. Desde la explanada que hay delante de la puerta principal del convento se divisa, hacia Poniente, el sitio en que se dió (1108) la *batalla de los siete condes*, tan funesta para las armas cristianas, y un queridísimo consocio nos explicó los incidentes de la gran derrota sufrida en Uclés por los españoles durante la guerra de la Independencia (13 de Enero de 1809). Y como mientras tanto iba anocheciendo entramos en el monasterio, nos enseñaron los Religiosos las muy espaciosas celdas que destinaban á varios de los excursionistas, á quienes generosamente dieron hospitalidad; estuvimos un rato de tertulia con los Padres hasta la hora de la cena, y terminada ésta, se fueron á casa de D. Agustín Quintero su hijo Pelayo y los Sres. Lampérez y Bosch, á quienes galantemente invitó á que pasasen en su finca el tiempo que habíamos de permanecer en Uclés, quedándonos en el colegio los restantes expedicionarios, prometiendo unos y otros levantarse temprano al día siguiente para ver tranquilamente en la mañana el imponente edificio, morada antes de los guerreros caballeros que, siguiendo la Regla de San Agustín, llevaron á cabo tantas hazañas, el cual, dice hermosamente el moderno cronista de Uclés (1), ahora «acoge en sus muros hombres que, como aquellos esforzados campeones de Santiago, bajo la misma Regla, persiguen un mismo fin: *fidei defensio*. Pero los medios han cambiado; aquéllos peleaban con las armas, éstos con los libros; á cada tiempo lo suyo».

«La fortaleza de Uclés fué residencia maestral desde principios del siglo XIII: su primitiva iglesia (al menos en parte) hubo de ser románica, á juzgar por algunos capiteles que, procedentes de ella, vimos en una casa del pueblo. Sobre las ruinas del antiguo castillo é iglesia comenzóse (en 1529) á edificar el actual monasterio reinando Carlos V, en cuyo tiempo se construiría la fachada y lado oriental del edificio (2); por el plan y pormenores de la parte inferior del ábside, digno hermano de San Jerónimo, de Granada, y esmerada ejecución de las ventanas, cuajadas de finos adornos, no desmerece tal fachada, si se tienen en cuenta las mutilaciones cometidas en los primitivos balcones de su piso superior, al compararla con las mejores obras del estilo plateresco español; la fachada Norte (que corresponde en toda su extensión al templo) y parte de la de Oeste (ó sea la del hastial de la iglesia), y las puertas exteriores de éstas, fueron dirigidas por Francisco de Mora, discípulo de Herrera, en el severo estilo propio del Arquitecto de El Escorial; el resto del lienzo de muro de Poniente y el lado de Mediodía son todavía más modernos, destacándose en el centro de éste una churrigueresca portada (construida en 1735) que sirve de principal entrada al monasterio. Y examinado á conciencia el exterior del edificio, volvimos al convento, y contemplando una vez más su gran patio, entramos en el refectorio, pieza de grandes dimensiones, que tiene un magnífico artesonado (hecho en 1548); de allí pasamos á la hermosísima sacristía, adornada con primorosas labores platerescas; visitamos después la iglesia, de hermosas proporciones, buena cúpula y no mal retablo, en el que hay un cuadro pintado por Francisco Ricci (3), y subiendo luego al coro vimos

(1) Quintero; obra citada, pág. 80.

(2) Esta fachada (la más notable del edificio) «se construyó, así como la sacristía y refectorio, con arreglo al trazado de Gaspar de Vega» (Quintero, obra citada).

(3) Debe mentarse también una curiosa tabla (al parecer de escuela española); representa la Virgen y su Divino Hijo, y está en un altar del crucero, lado de la Epístola.

su elegante facistol y sencilla y severa sillería. Terminamos la visita de tan enorme edificio bajando por lóbrega escalera, en la que hay varios calabozos, al panteón, gran estancia en forma de cruz griega, y penetrando en la antigua biblioteca (curiosa por su estantería), desprovista ya de los libros y documentos que la avaloraban, robados ó perdidos unos, trasladados otros á la Biblioteca Nacional y Archivo de Madrid, pero embellecido su recinto, convertido ahora en salón de estudio, con la presencia de los niños del colegio, que le comunican esa simpática alegría peculiar de los días felices de la infancia.

Y hablando de los punibles despojos que en tiempos recientes ha sufrido la antigua residencia prioral de gran número de objetos de valor que en ella había, bajamos al hermoso huerto, en el que los Sres. Quintero, gracias á su amor á los árboles, vinculado al parecer en su familia, han sabido formar en medio de aquellos desnudos cerros un verdadero oasis, un fresco refugio contra el ardor del sol en los días caniculares, tan deleitoso como el que *del monte en la ladera* tenía plantado el clásico poeta. Desde aquel huerto (en el cual estuvimos hasta la hora de comer) aprécianse perfectamente los restos de la muralla del primer recinto, que, por la igualdad de sus hiladas y demás caracteres constructivos, parece datar de la época romana.

En seguida de comer los expedicionarios y el Sr. Yastrzembiec de Yendrzeyowski, á quien de tantas atenciones somos deudores los excursionistas, nos dirigimos, en varios carruajes de dos ruedas, por un regular camino vecinal, hacia las ruinas romanas y visigodas de Cabeza del Griego, situadas cerca de Saelices, á unas dos leguas de Uclés; algo después de atravesar una calzada romana dejamos los coches, y tomando un sendero llegamos en pocos momentos á las ruinas de una basilica visigoda descubierta á corta distancia del mencionado cerro de Cabeza del Griego, en las excavaciones hechas en 1789 por orden de D. Antonio Tavira, Prior de Uclés. Cuando (en 1793) lo visitó por encargo de la Academia de la Historia el «anticuario insigne... geógrafo consumado, académico laboriosísimo (1)» ilustre polígrafo, Sr. Cornide, puede decirse que apenas le faltaba á tal templo más que la techumbre; apreciábase perfectamente la disposición de sus tres naves, conservándose todas las basas (algunas han llegado casi á nuestros días) y trozos de las columnas que las formaban, casi todo el muro exterior y las puertas, entre ellas un interesantísimo arco de herradura (prueba de las más claras del origen español y premusulmán de esta clase de arcos), que daba paso á un ovalado ábside ó santuario, y todavía existían entonces las paredes que separaban varios recintos, al parecer sepulcrales, en los que se hallaron algunas inscripciones y los restos de los Obispos Nigrino y Sefronio (2). Desgraciadamente estas ruinas, como las inmediatas de Cabeza del Griego, vienen sirviendo de cantera á los vecinos de los pueblos cercanos, así es que ya no queda más que el muro exterior de la basilica (hasta la altura de unos dos metros), pudiéndose apreciar solamente la planta de ésta y la elíptica forma de su ábside.

(1) Sánchez Moguel, en el estudio titulado *Historia de un libro*, coleccionado en su obra *Reparaciones históricas. Estudios peninsulares. Primera serie*, pág. 192.

(2) *Noticia de las antigüedades de Cabeza del Griego, reconocidas... por D. José Cornide* Impresa en el tomo III (páginas 71-244) de las *Memorias de la Real Academia de la Historia*, é ilustrada con varias láminas.

No hay todavía datos suficientes para determinar á qué ciudad pertenecían tales ruinas y las del inmediato cerro de Cabeza del Griego, al que subimos, una vez *fotografiada* la basílica. Dejando á un lado la opinión de Risco (1), quien creía que la ciudad que existió en dicho sitio, fué la Munda Celtibérica, y la de Masdeu y algún otro escritor, inclinados á fijar allí la antigua Sede episcopal de Valeria, en dos bandos pueden agruparse los autores que han tratado tal cuestión, aferrados unos, por ejemplo, Cortés, Cuadrado y Lafuente (2), á la idea de que Cabeza del Griego corresponde á Ergávica, y sostenedores los contrarios, como los Sres. Cornide (3), D. Juan Antonio Llorente (4) y otros, de que la ciudad existente en la repetida colina fué la célebre Segóbriga (cabeza del obispado de su nombre), aserto admitido hoy, según dicen, por arqueólogos tan eminentes cual el P. Fita, y corroborado por haberse hallado en ella un ara dedicada á las dioses manes por una familia *segobrigense*, y por encontrarse en dichas ruinas las monedas de Segóbriga en mucha más cantidad que las de Ergávica (5).

Sea cual fuere la ciudad que se alzó en Cabeza del Griego, lo cierto es que sus ruinas son conocidas, por lo menos, desde el siglo XVI, pues ya las menciona Pedro de Alcocer en su *Historia de Toledo*, impresa en 1554, tratando también varios escritores del reinado de Felipe II, particularmente Ambrosio de Morales, de los descubrimientos llevados allí á cabo poco antes, y además de D. José Alsinet, quien se ocupó de ellas en 1765, el citado Cornide, al finalizar el siglo XVIII, publicó un curioso plano, en el que están señaladas las antigüedades de Cabeza del Griego, viéndose en él, aparte de otros fragmentos de edificios antiguos, las ruinas de un pórtico, varios aljibes, el anfiteatro, torreones y muralla. Tales noticias y descubrimientos, y el buen resultado de las exploraciones practicadas en 1875, 1880 y 1889 por don Román García Soria, movieron al súbdito inglés Mr. Thomson á costear otras excavaciones, cuya dirección encomendó al ya citado Sr. García Soria, quien las comenzó años atrás, en unión de D. Pelayo Quintero. A poco de empezar á hacer zanjas, se halló una estancia: se limpió ésta, que tenía un pavimento de pequeños rombos de ladrillo, y las inmediatas, apareciendo un *columbarium* ó sepultura familiar, que constaba de la cámara sepulcral con los ni-

(1) *Munda y Certima, ciudades de la Celtiberia, confundidas por algunos escritores con Munda y Cartima en la Bética, distinguidas con la autoridad de Livio y otros monumentos romanos. Demostracion de la ciudad que existió en el famoso cerro llamado Cabeza del Griego, junto á Uclés, hecha con suma facilidad despues de largas fatigas que los literatos han padecido para su descubrimiento, por el P. Mtro. Fr. Manuel Risco, del orden de San Agustín. Madrid, imprenta de la viuda de Ibarra, 1801. En 8.º*

Trata el P. Risco de impugnar la opinión de algunos escritores, de que la ciudad descubierta en el cerro de Cabeza del Griego, fuese la antigua Segóbriga, y cree que la ciudad que existió en aquel sitio, fué la Munda Celtibérica. (Obra citada por el Sr. Muñoz y Romero en su *Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, etc., de España*, pág. 198.)

(2) *España... etc., Castilla la Nueva*, tomo II.

(3) *Noticia citada.*

(4) *Disertación sobre la verdadera situación de Segóbriga, por los descubrimientos hechos en Cabeza del Griego, escrita por D. Juan Antonio Llorente.* Impresa en el tomo II, página 181 de las *Memorias literarias de la Academia Sevillana de Buenas Letras.*

(5) Se acaba de descubrir en Uclés un trozo de *miliarium* que acaso fije definitivamente cuál fué la ciudad que existió en Cabeza del Griego. Falta al pedazo hallado la parte final y más importante de la inscripción; pero prosiguiendo las excavaciones, se espera encontrar el resto de ella.

chos (*columbaria* ú *ollaria*) que se ven en la fototipia, los cuales servían para depositar las cenizas de los muertos, contenidas en las urnas llamadas *ollae* (1), y de otras varias piezas (una de ellas circular), destinadas á la cremación de los cadáveres y á los sacrificios y demás ceremonias que se hacían durante las exequias; quedaban, según dicen, al descubrirse este *columbarium*, señales indudables de tales ritos. Decoraban el exterior de los mencionados nichos, singulares máscaras ó rostros humanos de barro (*¿antefixa?*), no teniendo éstos, como los de *terra cotta* hallados en Calvi, la parte posterior cóncava, sino plana y con un saliente que servía para empotrarlos en el muro; conservábanse también, dentro de los repetidos nichos, ungüentarios, pies de barro (*¿exvotos?*), vasijas y otros utensilios de los que suelen encontrarse en este género de ruinas, hallándose, además de los objetos romanos, particularmente en la parte alta de este columbario, otros varios de tiempos posteriores cual una especie de diadema de bronce, trabajo visigodo al parecer, monedas de los emperadores bizantinos y una de oro de Recaredo. En dicho *columbarium* y diversos lugares del cerro, se desenterraron, mediante los citados trabajos de los Sres. García y Quintero, bastantes de los llamados vasos saguntinos (algunos enteros) é infinidad de fragmentos de éstos, trozos de lucernas ó candiles de barro, pesas de telar, fibulas de metal, agujas, estilos y punzones de hueso y otros objetos de la época romana (muchos de ellos depositados ahora en el Museo Arqueológico Nacional), de todos los cuales, como ya hemos dicho, se ocupará el Sr. D. Pelayo Quintero en la segunda parte de su citada obra (2).

Después de contemplar el *columbarium*, y encontrando de trecho en trecho algunas ruinas, exploradas sólo en parte, seguimos subiendo por el cerro hasta cerca de la cumbre, en la que se ven restos de la acrópolis, y ya en la opuesta ladera, al pie de la cual corre el río Gigüela, penetramos en un derruido aljibe romano, hecho de durísimo conglomerado. Por ser ya algo tarde, dejamos de visitar un templo (situado al otro lado del susodicho río), en el que hay varias inscripciones y curiosísimos relieves tallados en roca viva, que representan pasajes del mito de Diana cazadora, y faldeando la colina, empezamos á volver al lugar donde habíamos dejado las tartanas, entrando un momento en la antigua ermita de la Virgen de los Remedios, edificio adosado por su cabecera á un trozo de muro de la época romana, y viendo al paso los restos del antiguo anfiteatro, en el cual pueden reconocerse varias cárceles de las fieras y algunas *vomitoria*, y se nota todavía la zanja hecha en el medio de este monumento en las últimas y ya mencionadas excavaciones; al abrirla se encontraron multitud de objetos calcinados, lo que ha llevado á suponer que en incierta época, impotentes sus habitantes para defenderla, quemaron todo lo que no podían llevar con ellos y abandonaron la ya olvidada ciudad: fuerte, populosa, rica y grande en otros días, según demuestran sus ruinas, que, como diría el incomparable cantor de las de Itálica, son:

«..... ahora
campos de soledad, mustio collado.»

(1) *Dict. des antiquités romaines et grecques*, par Anthony Rich. París 1859, pág. 178.

(2) Después de escrito este artículo, me dicen que el P. Fita y el Sr. Rada y Delgado publicaron años atrás una monografía acerca de las antigüedades de Cabeza del Griego. Lamento muy de veras no haber tenido antes noticia de dicho trabajo, que probablemente me hubiera sido de gran utilidad para la redacción de esta reseña.

Al anochecer, y por el mismo camino que habíamos llevado á la ida, volvimos á Uclés. Las grandes líneas del severo paisaje recordaban de un modo vivísimo los campos inmortalizados por Cervantes; en los caminos, que evocaban los recorridos por el *Ingenioso hidalgo*, veíanse también manadas de ovejas semiocultas por la polvareda que levantaban al pasar; hemos visto en aquellas tierras molinos de viento, rucios y galgos corredores: poco ha variado la llanura castellana, escenario de la insuperable novela; ¿quedarán aún almas cual la del escuálido héroe manchego?

Habría desaparecido quizá el bueno de Alonso Quijano; pero al día siguiente, mientras saboreábamos el «limpio, aseado y nada escaso» (1) desayuno con que en su jardín nos obsequió D. Agustín Quintero (que en unión de su hijo se desvivió por atendernos todo el tiempo que permanecimos en Uclés), pensábamos que hay todavía en los pueblos castellanos cumplidos y hospitalarios caballeros tan conocedores del arte de agasajar delicadamente á sus amigos, como la familia de aquel noble y cristiano D. Diego de Miranda, del libro de Cervantes, que de muy discreta manera mostraba «que sabía podía regalar á los que á su casa llegasen» (2).

Desde la linda casita de los Sres. Quintero pasamos al Ayuntamiento á expresar nuestra gratitud al alcalde y concejales por lo cariñosos que se nos habían mostrado, y después fuimos á ver al académico correspondiente de la Historia D. Román García Soria, á quien no queríamos dejar de saludar, pues bien merece toda clase de homenajes este venerable anciano de más de ochenta años, que ha consagrado buena parte de su vida á buscar con gran entusiasmo los restos de las antiguas civilizaciones sepultados en Uclés y sus inmediaciones. Además de los muchos objetos que generosamente ha cedido al Museo Arqueológico Nacional y á varios particulares, conserva dicho señor algunos otros muy interesantes, como una curiosa cabeza de león, escultura en piedra de la época visigoda (según dijo el Sr. Rada y Delgado), que recuerda á los leones de la Alhambra, y unas cuantas piedras con dibujos geométricos, hechos también en tiempo de los godos.

Visitamos en seguida las ruinas del castillo de Uclés, situadas al Mediodía del monasterio; algunos trozos de murallas y un par de torreones, reformados, al parecer, en el siglo XVI, con los murallones romanos de que antes hemos hablado, es todo lo que resta de las antiguas fortificaciones. Volvimos luego al convento á prepararnos para el viaje de regreso y despedirnos del amabilísimo P. Barreiro, Director del colegio, y demás simpáticos Religiosos de la Orden agustiniana, que tan espléndidamente nos habían hospedado. Y saliendo de Uclés á cosa de las dos y media de la tarde, en un par de coches, uno de ellos el muy lindo de D. Alvaro, nos dirigimos á Tribaldos por un buen camino vecinal, y allí tomamos otro excelente, que poco después se une á la carretera de Madrid á Valencia, y una vez en ella recorrimos rápidamente la distancia que hay hasta Tarancón, encaminándonos á la estación de su nombre sin entrar en dicha villa, una de las que más activo comercio sostienen en aquella región, y en el tren que por allá pasa á las 4,55 de la tarde, llegamos á esta corte á las diez menos cuarto de la noche, sin que en el resto del trayecto nos ocurriera cosa alguna digna de recordarse.

Habíamos visitado en cuatro días de excursión, durante los cuales disfru-

(1) *Don Quijote*, parte segunda, cap. XVI.

(2) *Quijote*, parte segunda, cap. XVIII.

tamos de un tiempo espléndido, parte de una provincia que, á pesar de su proximidad á Madrid, es quizá la más desconocida de todas las españolas, recorriendo así hondos valles como dilatadas llanuras para ver, además de otras cosas muy interesantes, restos de las civilizaciones romana y visigoda, y admirar curiosos ejemplares de los estilos románico y ojival y creaciones soberbias del arte plateresco. ¡Lástima no haber podido convencer á mis compañeros de viaje de que el comentario de tal variedad de paisajes, civilizaciones y estilos requería mayor cultura y madurez de juicio y pluma menos inexperta y torpe que la del autor de esta desdichadísima reseña!

JUAN ALLENDE SALAZAR.

Madrid, 31 de Mayo de 1905.



BIBLIOGRAFIA

Trabajos no coleccionados de D. Ramón de Mesonero Romanos "El Curioso Parlante", publicados por sus hijos en el centenario del natalicio de su autor.—Dos tomos en 4.º con dos retratos Madrid, imprenta de los hijos de M. G. Hernández, 1903-1905.

I

Para conmemorar el centenario de su natalicio, los hijos de D. Ramón de Mesoneros Romanos han tenido la feliz y provechosa idea de reunir en dos tomos cuidadosamente editados muchos de los trabajos del eximio escritor, que yacían entre los papeles por él mismo relegados al olvido ó publicados en periódicos y folletos, cuya rareza dificulta su conocimiento y adquisición.

Nada más en armonía con mis gustos, ya que no con mis fuerzas, podía haberme sido encomendado que escribir algunas líneas sobre tan ilustre madrileño. Desde su carácter sereno y apacible revelado en la mesura de la mayor parte de sus trabajos, hasta el gracejo y la ironía de su crítica; su labor predominantemente literaria, en la cual se cuentan no despreciables ensayos poéticos, líricos y dramáticos; sus aficiones de viajes y las bellas descripciones que nos legó de los que realizara; su amor por la ciudad donde nació y sus esfuerzos por elevarla á la categoría de capital europea, coronados casi todos ellos por el éxito más completo, constituyen el conjunto de lo que son mis aficiones, mis intereses y propósitos, avalorados en él por el talento y la perseverancia de que dió muestras en el transcurso de su vida.

El primero de los tomos que tengo á la vista, dedica la mayor parte de su contenido á los trabajos sobre reformas de Madrid y de su administración. Como periodista de los que se ocupan en estudios serios, y más tarde, desempeñando cargos concejiles, consagró Mesonero Romanos su incansable actividad á la transformación completa y necesaria de la villa y corte, reducida en los comienzos del pasado siglo al más inmundo aspecto, fruto del descuido y de las ingerencias de extraños, que allá en sus tierras defienden el aislamiento y hacen después víctima de sus ambiciones al pueblo madrileño. Ya lo decía «El Curioso Parlante» en expresivo párrafo, con relación á la conducta de los reyes austriacos: «Lo más singular es que la riqueza y poderío

de la dinastía austro-hispana, cuyo influjo y beneficios alcanzaban á los diversos y apartados límites de su imperio colosal, al propio tiempo que fundaba magníficas ciudades en Nueva España y Perú... al paso que enriquecía en Europa con magníficos monumentos, templos y palacios, castillos y acueductos, puentes y arcos triunfales á Nápoles y Milán, Bruselas y Amberes, Génova y Lisboa, y que en la misma España prodigaba sus tesoros, immortalizaba á sus artistas con las grandiosas obras del alcázar de Toledo, del palacio del Emperador y la catedral de Granada... y de otros infinitos monumentos en todos los pueblos del reino, vieran con indiferencia ó, por mejor decir, con descuido el lento desarrollo de su corte principal.» ¡Insensata conducta! Muchas de aquellas obras, pagadas con nuestros tesoros, pasaron á ser propiedad de países extranjeros, y en tanto Madrid carecía de construcciones indispensables. Muerta su industria con el traslado de la Corte y el lujo y corrupción que trajo, industria floreciente en tiempo de los Reyes Católicos, tampoco recibió auxilios de los que vinieron á poblarle á título de capital de la Monarquía, y no envidioso, pero sí envidiado, no favorecido, y siempre favorecedor, después de dos siglos de ser Corte, presentaba á principios del pasado un triste cuadro (1).

Esta desidia, unida á los destrozos que los franceses hicieron después de la resistencia del *dos de Mayo*, movieron el ánimo de Mesonero Romanos, que desde sus primeros tiempos de escritor paró su atención en las necesidades de la ciudad, y primero en el *Diario de Avisos de Madrid* y luego en el *Semanario Pintoresco Español*, fué dando á conocer sus proyectos de reforma y mejoras. El marqués viudo de Pontejos, hombre de buena voluntad, cuya gestión como corregidor dejó huellas distintas á las que indican el paso de extraños por la dirección administrativa de la villa, fijóse en los artículos publicados en aquellos periódicos, llevando á la práctica muchas de las recomendaciones en ellos contenidas. Basta leer los titulados «El asilo de mendicidad de San Bernardino,» «Policía urbana,» «De la nueva numeración y rotulación de las calles,» «Puestos ambulantes,» etc., para convencerse de cuán atendidos eran sus consejos, y estudiados todos, percatarse del tino y habilidad que los presidió, hermanando los medios adecuados de satisfacer las necesidades con la forma de su realización práctica y el orden de su importancia, única manera de que prosperasen.

Pasados algunos años, su labor periodística le llevó con sobrados títulos al seno de la Corporación municipal, y como individuo de la misma presentó su *Proyecto de mejoras generales de Madrid*, que, aceptado con gran entusiasmo por el vecindario, mereció de su propio autor, tan duro para juzgar otras partes de su obra, la siguiente nota autógrafa, puesta sobre el ejemplar que poseía:

«Este proyecto de mejoras generales de Madrid, fué presentado por mí en Agosto de 1846 y apadrinado por él (el Ayuntamiento) y por la opinión general de la Prensa y del vecindario, se ha realizado al pie de la letra en los treinta años que van hoy transcurridos, teniendo la satisfacción de verlo convertido en un hecho y aun mejorado por las nuevas necesidades que han

(1) Digan lo que quieran los que se gufan de prejuicios y no del conocimiento verdadero de la Historia, la industria en Madrid floreció durante el reinado de los Reyes Católicos, y así se demuestra con el estudio de las Ordenanzas que éstos publicaron, transcritas en el apéndice del artículo que sobre las mismas publiqué en el BOLETÍN (Noviembre de 1904).

creado los tiempos y que el instinto del vecindario se ha esmerado en satisfacerlas.»

«1876» (firmado).

Trátase en el proyecto de la ampliación del perímetro de Madrid; de la demolición de las tapias que lo circundaban, sostenidas en la época por los intereses fiscales; embellecimiento del Prado, construyendo el peristilo ó arcadas, que habían de correr en su sentido longitudinal desde la puerta del Buen Retiro hasta el obelisco del Dos de Mayo, de acuerdo con lo propuesto por Ventura Rodríguez; medios de realizar la parte no ejecutada del proyecto de Saquetti para embellecimiento de las inmediaciones del Palacio Real; reforma de un sinnúmero de calles y construcción de arrabales, etc., etc.

Lo mucho que fué realizado del proyecto hasta 1876, en que su autor escribió la nota copiada y las anteriores reformas, debidas á la solicitud del marqués viudo de Pontejos, inspirado casi siempre por los trabajos periodísticos de Mesonero Romanos, cambiaron la faz de Madrid, que, salvando el reinado de Carlos III, no había recibido impulso alguno en pro de su extensión y mejora en los dos siglos y medio que se titulaba capital de la Monarquía. Los primeros artículos publicados por él en el *Diario de Avisos de Madrid*, revelan un estado de atraso inconcebible, de que constantemente se lamenta; lo conseguido posteriormente en la dirección que dejó relatada, equivale á la transformación de la ciudad. Mesonero Romanos aparece como su inspirador primero, como su propulsor después; es éste, pues, suficiente título para disfrutar la veneración de los que somos madrileños de nacimiento y de corazón y para que el Concejo le dedique un monumento que conmemore el centenario de su natalicio. Los que consagran su perseverante labor á hacer la felicidad de sus convecinos, merecen, cuando menos, tanto como los que se distinguieron en la historia por saqueos y destrucciones de ciudades.

II

No fué Mesonero Romanos solamente un periodista madrileño preocupado del bien de su ciudad natal, y un regidor solícito de la misma. Sus obras *Las escenas matritenses*, *Memorias de un setentón*, *Tipos y caracteres*, *Recuerdos de viaje* y estudios sobre los *Dramáticos anteriores y posteriores á Lope de Vega*, le acreditan literato ingenioso y estilista y crítico observador y erudito; aun cuando no es preciso afirmarlo, porque tales escritos corren por todas partes y son conocidos de muchos.

Muy variado es el fondo de sus trabajos literarios: estudios de costumbres madrileñas, bellas descripciones de viajes y de monumentos, labor de crítica fina y mesurada, modelos de historia de la literatura, poesías y refundiciones de obras dramáticas y alguna original, aparecen en las publicaciones que llevan su nombre, y especialmente en la colección que sus hijos han mandado ordenar.

Amenos y puestos en lenguaje sencillo, para ser comprendidos de un público indocto, son los artículos sobre la historia y descripción de monumentos é instituciones de Madrid, tales como «La Aduana», «Buen Retiro», «La Real Armería», «Biblioteca, monetario y armería del duque de Osuna», «Monumentos dedicados á Cervantes en Madrid» y sobre viajes y descripción de

monumentos de fuera: «La Granja», «San Lorenzo de El Escorial», «Abadía de Westminster», «Valencia», etc., que llenan el final del primer tomo.

Algunos de dichos artículos vienen, según la expresión vulgar, cual anillo al dedo en el momento presente. Los monumentos dedicados á Cervantes en Madrid: lápida colocada en la casa en que falleció, estatua y sepultura, son descritos en seis páginas y hecha la historia de su preparación, iniciada por Mesonero Romanos en un artículo publicado en la *Revista Española* y en indicaciones hechas al marqués de Molins. Los titulados «Los jardines reservados del Retiro» y «El Buen Retiro», revisten el mismo interés de actualidad. El primero es un modelo de ironía y gracejo, lleno de sales, aguijones contra los ineptos conservadores de los jardines, que para embellecerlos «improvisan una cabaña rústica ó una cascadilla de nacimiento; una miserable parodia de un salón oriental ó un estanque *soi disant* chino» á costa de grandes dispendios y carrera en pelo de los forasteros provincianos, embelesados admiradores de tanta obra de bisutería. El segundo es una preciosa pintura de las fiestas de la corte de Felipe IV y de la suerte posterior del Buen Retiro, hasta su evacuación por los franceses, cuyos desmanes hicieron desaparecer su antiguo esplendor, si bien no pensaron nuestros enemigos más que en asegurar su defensa, y ni ante las necesidades militares que imponía pretendieron talar tan preciado rincón de nuestros recuerdos y regocijos.

Los ensayos poéticos, líricos y dramáticos, que ocupan buena parte del segundo tomo, pertenecen á sus primeros años de literato. Duro juicio le merecieron tan tempranas inspiraciones, las primeras de las cuales fueron escritas á los diez y nueve años, y en más de una ocasión se burló de lo que llamaba borradores de su juventud. Fuerza es confesar que su juicio no anduvo tan acertado en este punto como en otros, no pudiendo librarse de las preocupaciones que en multitud de formas afectan á todos los hombres y que en él tomaron la de negarse cualidades de poeta, convicción sostenida en un epigrama, que con su naturalidad y gracejo demuestra lo contrario.

Al dios de la poesía
rogaba yo una mañana
que no fuese tan tirana
la ciencia que él presidía.
Oyó la súplica mía
el dios y se descolgó
y a questo me contestó:
—Hablar puedes prosa neta,
porque, hijo, lo que es poeta
no serás viviendo yo.

En el artículo crítico que dedicó á Góngora se muestra, y cómo no, entusiasta del gusto delicado, lozanía y pureza de las letrillas compuestas por el vate cordobés en su primera época, y bien se echa de ver su admiración al leer las composiciones hoy sacadas á luz por sus hijos, entre las cuales figuran muchas letrillas que siguen con no escasa fortuna el modelo elegido. La que dice:

¡Oh juventud preciosa,
madre de la alegría,
fuera la dicha mía
no alejarme de ti!

revela no comunes aptitudes poéticas y su errónea creencia de no haber nacido para cultivar las musas.

En el verso endecasílabo no sigue el mismo modelo, que le hubiera llevado al insoportable culteranismo, tanto más insoportable en el siglo XIX que tan buenos poemas en estrofas de arte mayor había producido; pero sigue la dirección clásica á que parecía siempre inclinado, de la cual son linda muestra las octavas reales á Vista Alegre, que empiezan:

No lejos de la orilla que hermosa,
en lento curso el claro Manzanares,
aquel que si el raudal les escasea,
dicia las leyes á los anchos mares.

La métrica es muchas veces descuidada, nacido quizá del poco aprecio que hacía de estos trabajos; pero no por eso dejan de reflejar delicadeza en las letrillas, majestad en las octavas y sonetos, y corrección cuando quiere en las estrofas.

Su ensayo dramático original *La señora de protección y Escuela de pretendientes*, es más débil; su acción es lánguida y carece de situaciones, fáciles de producir por la índole del argumento. No obstante, tiene caracteres hábilmente presentados, gracias abundantes y una trama que, bien desarrollada, hubiera resultado entretenida, revelando, por tanto, no falta de condiciones, sino una inexperiencia teatral, que más tarde, en las refundiciones que hizo del teatro de Lope y Tirso, había desaparecido.

Pero donde brilla su talento á mayor altura es en los géneros de pintura de costumbres y de crítica é historia literaria. Los que hayan leído *Las escenas matritenses* y *Memorias de un setentón*, habrán apreciado el arte con que manejaba el primero, representado por escasos ejemplares en la obra que me ocupa. Del segundo, comprende varios estudios sobre Moratin, García Hurtado, Hartzenbusch y el superior de todos sobre la Historia del teatro español. Es éste un precioso estudio en pocas páginas de lo que ha sido nuestra poesía dramática, dividido en cuatro épocas, que pudieran llamarse: primitiva, de apogeo, de decadencia y de renacimiento. La última, comprensiva desde la labor de Leandro Fernández de Moratín hasta hace pocos años, presenta con claridad pasmosa aquella confusa mezcla de direcciones; la clásica, que seguía las inspiraciones del rigorismo francés, la restauradora de nuestro antiguo teatro, la romántica, etc., y estudia con una finura de crítica envidiable la obra realizada por cada uno de los representantes de las mismas. Tan notable trabajo, si bien es inferior en corrección de lenguaje á los similares de Quintana, considerados como modelo en la materia, los supera en el acierto de la exposición y en lo adecuado del estilo.

Los artículos biográficos y las amenas descripciones de viajes muestran nuevas fases de su genio literario, merecedoras de detenido estudio, que ya no es posible hacer, vista la extensión del presente artículo.

La colección está correctamente editada. Va precedida de una carta del conde de Cheste, nuestro decano en materias literarias y el único superviviente del famoso *Parnasillo*, cuna del renacimiento de nuestras letras, y continúan unas líneas en que sus ordenadores explican las razones de su publicación, del plan seguido, de incluir los trabajos que forman su contenido, en forma que avalora tan loable propósito y da muestras del acierto que ha presidido su ejecución.

ALFREDO SERRANO Y JOVER.